

COOPERAR: UN VALOR PERSONAL RELACIONAL

Carmen Pozueta Gómez

Cooperación es el proceso de trabajar juntos con un objetivo común. Conlleva el entendimiento compartido de que ese proceso se hará en armonía interrelacional y es la alternativa al trabajo solitario, individual y en competencia.

Cooperar se diferencia de colaborar por la implicación y tareas que se asumen y por ello es importante establecer los conceptos distintivos así como determinar el significado de dichas divergencias.

La colaboración es un proceso interactivo donde dos o más personas tienen objetivos compartidos y en torno a ello intercambian y aúnan sus conocimientos al respecto, el aprendizaje y la construcción de consensos.

En los grupos de trabajo es frecuente encontrar a personas que presentan una confusión o una falta de claridad de ambos conceptos, lo que conlleva un freno de la dinámica efectiva del equipo, al igual que interrumpen y paralizan las diferentes energías motivacionales llevadas a la acción; prevaleciendo la pasividad y el relentí a la viveza y agilidad.

El significado interno que tiene una palabra define la forma en que las personas responden ante ella. Por ello es frecuente la creencia de que ese matiz semántico y sus atribuciones son universales y comunes para todos y por tanto compartidos por otras personas. Sin embargo la realidad se enfrenta, en numerosas ocasiones, con reacciones de desconcierto por las diferentes formas de reaccionar, de entender y, en consecuencia, de comportarse de unas personas ante otras, incluso compartiendo la misma cultura.

La base para el desarrollo del trabajo en equipo está en la integración de los diferentes significados que cada persona tiene como fruto de los diferentes marcos de referencias y los diversos aspectos culturales que forman su base de entendimiento.

Es importante entender con exactitud la diferencia entre cooperar y colaborar pues las consecuencias prácticas no sólo van a afectar a un nivel funcional, en la interacción y en el trabajo en equipo, sino que influirán determinadamente en la energía motivacional, de retroalimentación cognitiva, emocional y de rendimiento del ser en términos de creatividad, bienestar y sinergia.

Uno de los aprendizajes más importantes para el ser humano es, sin duda, el de aprender a trabajar juntos. A ello hay que añadir que, actualmente y por la globalización en la estamos inmersos, debemos realizarlo en un contexto de interculturalidad, desde diferentes marcos de referencia y de formación y con un bagaje de experiencias muy diferentes.

A medida que aumenta el crecimiento exponencial de la información y el avance de

la tecnología, el conocimiento requiere de evolución y actualización casi constantes por la velocidad en que se produce el cambio. Los proyectos de innovación ya no son individuales sino grupales. Ese es el cambio profundo y sustancial al que estamos asistiendo y la realidad que debemos integrar y mostrar a las nuevas generaciones.

Es frecuente que, en el imago popular, aún se mantenga la idea de que una persona sea capaz de realizar descubrimientos importantes por sí mismo y convertirlo en un producto útil para la sociedad; sin embargo nada más alejado de la realidad pues, junto a cualquier genio, hay un grupo importante de personas que han puesto su esfuerzo y capacidades para lograr el éxito.

Pero, sobre todo, son el progreso social y tecnológico, el desarrollo creativo de las diferentes inteligencias, el avance de la psicoterapia y de la psiquiatría, la evolución de medicina y las mutaciones o retrocesos de las enfermedades y, por supuesto, el atender la educación en el aula de niños con diferentes orígenes y con diferentes estructuras familiares, los que ponen de manifiesto la transformación de la realidad en la que estamos inmersos y por ello la necesidad de aunar esfuerzos y trabajar conjuntamente.

Hay una manifiesta relación entre innovación e interconexión de las personas. En algunos casos en colaboración y en otros en cooperación por lo que es importante seguir ahondando en esta distinción ya que el proceso que conduce hacia la innovación abierta sólo se produce con la participación de muchas personas y cuando éstas intervienen desde distintas perspectivas y posiciones.

Cooperar obtiene resultados de eficiencia, lo que implica economía de costos o de tiempo y un beneficio mayor que es el que afecta al ser humano en términos de bienestar, pertenencia, seguridad, fortaleza e impulso creativo. Por otra parte, cooperar en un grupo cohesionado no excluye competir con otros grupos. La diferencia estriba precisamente en su naturaleza grupal que goza del soporte colectivo y lo diferencia de una competitividad individual. La experiencia vivida, el sentimiento de poder y de alegría que se generan precisan también de personas con las que compartirlo, personas para las que un hecho significativo tenga el mismo significado experiencial. Todo ello explica la necesidad de interrelación y de integración en los grupos, la necesidad de pertenecer y de cooperar en ciertas áreas o en determinadas circunstancias, siempre con el corazón abierto a la sensación de placer y satisfacción que produce el resultado de un beneficio mutuo.

Cuando, por el contrario, en un grupo se ha dado una asimetría de esfuerzos se rompe la estructura relacional confiable y se termina con la cooperación. Si se han producido situaciones que han dañado la confianza, ya sea por abusos, mentiras o traiciones, se inhibe de forma grave la capacidad para cooperar.

El desarrollo de la capacidad para cooperar es un valor de la persona y como tal ha de estar integrada en la estructura de la personalidad, de ahí que se requiera de la estimulación y experiencia acordes a las etapas de la vida acontecidas desde la más tierna infancia. A ello se añade el soporte de la experiencia vital y de base segura, el reconocimiento de la individualidad, el respeto a las diferencias y la experiencia estable y de confianza en el ser humano, así como la capacidad de distinguir el bien del mal, el daño del beneficio.

La generosidad, el respeto, la implicación y la colaboración son valores que deben desarrollarse en los primeros años de vida. Para ello será necesaria la estimulación para el aprendizaje de las habilidades básicas y necesarias en la relación: escucha activa, tolerancia y ser confiable. Ello favorecerá el desarrollo de la capacidad de cooperación de forma íntegra y para ser merecedores del respeto de los demás.

Enseñar a los niños a sentirse bien con ellos mismos es una tarea que corresponde a todos: padres, maestros, monitores, entrenadores deportivos, psicólogos. A todos ellos les concierne mostrar las formas saludables de integración, de tener amigos, de sentirse respetados y de respetar, de divertirse realizando actividades conjuntas y de obtener éxito a través de estas nuevas experiencias de construcción. Aprender a cooperar implica trabajar en grupo, en paz, abrir los brazos al mundo para construir inmersos en la diversidad, en la integración, en la aceptación de la multiculturalidad. Un reto ineludible, por los tiempos en los que vivimos, pero apasionante pues constituye la semilla de un cambio profundo y por ende de resultados cualitativamente distintos. Esta es la transformación profunda, el cambio de enfoque y el aprendizaje. Y en definitiva el mejor legado.

CARMEN POZUETA
PRESIDENTA DE APPHAT